XELA

EL PLANETA DE AGUA

Luis Rodríguez Cao

Adaptación de Núria Climent
Ilustraciones de María Trigueros

adapta editorial

PRESENTACIÓN

Esta es la historia de una hermosa amistad.
También es una historia sobre lo maravilloso y misterioso
que es el universo.

Estamos en el año 5200.
Los saurios[1] han derrotado a los humanos en una gran guerra
y se han instalado en una inmensa ciudad
llamada Ciudad Imperial.
La victoria ha sido absoluta.

Cerca de Ciudad Imperial,
han construido una cárcel llamada La Reserva.
Allí están presos los pocos humanos que han sobrevivido.

Pablo y su amiga Igua se dirigen hacia La Reserva.
Pablo es humano, Igua es una sauria.
Deberían ser enemigos,
pero su amistad es más fuerte
y está por encima del odio entre las dos especies.

1. En esta historia, son reptiles con forma de dinosaurio.

Cuando Igua era una cría,
Pablo la salvó de la muerte tras una terrible explosión
en el Museo Humdolf, construido por los saurios
para mostrar su victoria sobre los humanos.

Ahora recorren juntos el universo en su nave espacial
para encontrar una forma
de salvar a los humanos presos en La Reserva.
Si no lo consiguen,
la humanidad habrá sido derrotada para siempre.

PRÓLOGO

Año 5198

El plan empezó a tomar forma en su mente aquella noche,
después de soñar con Hania.
Pablo casi había olvidado la cara de su amiga.
La última vez que la vio, todavía eran unos críos.
Cuando vivían en paz
y los saurios aún no los habían invadido.

Pablo se había quedado profundamente dormido
en la cueva que les servía de hogar y escondite
a él y a su amiga sauria, Igua.
Y, en sueños, recordó las palabras que le dijo Hania
el último día que la vio, antes de que ella se marchara:

—No olvides todo lo que te he contado.
Todas las historias...
Ven a mí cuando tengas problemas.
Ven a Xela.

Xela, el planeta de agua. Casi se había olvidado de él.
Cuando despertó, se sintió esperanzado de nuevo.
¿Era posible rescatar a sus amigos
y salvar al resto de humanos?
Era demasiado pronto para saberlo,
pero ahora tenía una cosa clara: lo intentaría.

Él e Igua llevaban cuatro años escondidos en las montañas
tras la gran explosión en el museo.
Pero había llegado el momento de actuar.

1. PERSECUCIÓN ESPACIAL

En el espacio solo había un color: el negro.
Y, de pronto, una luz atravesó la oscuridad.
Era..., ¡era una nave espacial!
Dentro de la nave, un hombre manejaba los mandos.
Tenía una expresión enérgica que mostraba determinación.
Era un humano, una reliquia[2] de una especie casi extinguida.

Los humanos eran una especie mítica.
Apenas quedaban unos cuantos ejemplares en La Reserva,
la cárcel a las afueras de Ciudad Imperial,
la capital del imperio saurio.

Pero, ahora, Pablo no pensaba
en el terrible destino de la humanidad.
Estaba demasiado ocupado pilotando la nave.
Detrás de ellos, varias naves los persiguían y les disparaban.

—¡Qué poco ha faltado! —exclamó Pablo,
después de esquivar un proyectil—. Igua, ayúdame,
sujeta esta palanca.

2. Un resto de cosas pasadas.

Igua, la sauria, asintió con la cabeza
y alzó su cola para agarrar la palanca que colgaba del techo.
Un giro brusco de la nave
evitó que la racha de disparos los alcanzara.

—No sé si saldremos de esta, están demasiado cerca...
¡Pero no se lo pondremos fácil!

Pablo maniobraba con habilidad.
Nuevas ráfagas de disparos y de luz atravesaron el espacio
e iluminaron la nave.
De repente, notaron una sacudida y la nave se balanceó.

—¡Igua, nos han dado!

Pero no era un disparo lo que había impactado contra ellos,
sino que habían rozado un asteroide[3].
Además, delante de ellos tenían un cometa[4] de hielo y polvo.
El cometa dejaba tras de sí una nube de gas verde.
Y, aunque la situación era crítica,
la nave continuó avanzando entre sacudidas.

—Igua, sujétate con todas tus fuerzas.
El cometa es nuestra única esperanza.

3. Cuerpo menor del sistema solar.
4. Un astro con una larga cola y que se ve pasar por el cielo durante un tiempo bastante corto.



La sauria asintió, era la única solución.
Igua movió los mandos de la nave con rapidez
y los motores alcanzaron su máxima potencia.

Se encendieron las luces rojas que indicaban
que la nave estaba a punto de incendiarse y de explotar.
Probablemente por el impacto con el asteroide,
o quizás les había alcanzado algún disparo.
Pero Pablo se mantenía sereno.
Sabía que tenían una posibilidad y debían intentarlo.

De pronto, la nave frenó
y los cuerpos de Pablo e Igua parecieron deformarse.

Las naves que los perseguían estallaron en una gran bola de fuego.
Habían chocado contra los trozos de hielo del cometa.

Mientras maniobraba la nave con cuidado
para intentar colocarse sobre el cometa, Pablo dijo:

—¡Calma, podemos conseguirlo! Ahora con suavidad...
Bien, así, así... ¡Bravo, Igua, lo hemos logrado!

La nave hizo un chirrido de metal muy fuerte,
pero había soportado la presión
y ahora estaba posada sobre el cometa.

Pablo acarició el lomo de Igua.

—Ha faltado poco... —Pablo suspiró, aliviado—.
Ahora debemos descansar, amiga mía.
Aún nos queda mucho camino por delante.

El reptil asintió.
Comprendía que el humano estaba cansado.
Igua observó cómo Pablo se ponía cómodo
y cerraba los ojos un momento.
Sonrió. Todavía recordaba con detalle
el día en que se conocieron.

Fue en la sala de especies extinguidas del Museo Humdolf.
Ella aún era una cría.
Estaba allí de visita con sus padres
cuando se produjo una explosión y el techo se derrumbó.
Ese atentado marcó el final del Gran Conflicto:
una explosión en un museo lleno de visitantes.

Una gran nube de polvo impedía ver nada.
Solo se oían los gemidos de las víctimas y sus gritos de miedo.
Después se hizo el silencio.
Bajo los escombros del museo,
yacían los cadáveres de sus padres.
Igua se quedó inmóvil, aterrorizada,
mientras veía los cuerpos inertes a su alrededor...

Entonces, vio a un humano levantarse sobre sus patas traseras.
Era enorme y se dirigía hacia ella.
Igua tenía muchísimo miedo.
Pero el humano, ya a su lado y sin decir nada,
la cogió entre sus brazos y la rescató del caos.

Ahora, en la nave espacial, Igua se acercó a su amigo
para mostrarle su confianza.

—*¡Arb urkam indet naj aswe!*

—Sí, tienes razón, conseguiremos rescatar a mis amigos.

Igua sabía lo que preocupaba a su compañero.
Por orden del tirano Starker,
encerraron a sus amigos en las mazmorras de Ciudad Imperial
después de que intentaran escapar de La Reserva.

Pero el castigo de Pablo fue aún peor.
Lo sacaron de las mazmorras
y lo llevaron al Museo Humdolf,
donde lo exhibieron como un trofeo de caza
para la diversión de las crías saurias.